

Serie cronológica de los Obispos de Quito, desde su erección en Obispado y algunos sucesos notables sucedidos en esta ciudad.

Año de 1845 y siguientes.

(Continuación).

Vigésimo Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Blas Sobrino y Minayo, natural de la villa de Ureña, en el Obispado de Placencia, en Castilla la vieja. De Obispo de Cartajena de Indias ascendió al de Quito el año de 1777, y de este fué promovido al de Santiago de Chile el 12 de agosto de 1789. Después de gobernar esta de Quito 12 años pasó para Chile.

En el año de 1785 se experimentó en Quito la horrible epidemia del sarampión y escorbuto de malísimo carácter, de que murieron muchos, y hubieran muerto muchos más, si la piedad de este Prelado de la Iglesia no hubiera con mano liberal contribuido para las limosnas que se distribuían diariamente á los pobres enfermos en su Palacio. Otro tanto hizo el Sr. D. Juan José de Villalengua, Presidente de Quito, y el Cabildo secular. Se calculan los muertos en esta epidemia maligna de veinticinco á treinta mil personas, las más por falta de asistencia particularmente en los campos.

El de 1786 se desmembró el Obispado de Quito formando el de Cuenca, y fué electo por primer Obispo suyo, el Auxiliar del Ilmo. Sr. Arzobispo de Santa Fé Góngora, que lo era el Ilmo. Sr. Dr. D. José Carrión y Marfil, Obispo de Calipso *in partibus infidelium*. Este Sr. llegó á Quito el 24 de octubre de 1787, y manifestó la merced del Rey D. Carlos 3º y las bulas expedidas por la Santidad del Papa Pio 6º en 18 de diciembre de 1786.

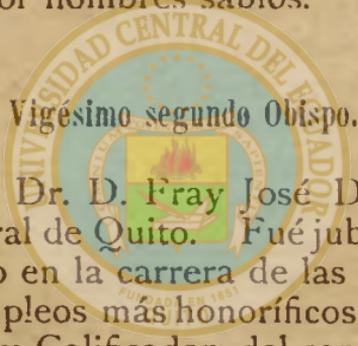
Vigésimo primero Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. José Pérez Calama, natural del lugar de la Albezea. De Deán de Mechoacán ascendió

á este Obispado, y entró en Quito el 26 de febrero de 1791, después de haber gastado siete meses en la visita que hizo de los pueblos.

Prevenido contra Quito, por la mala idea que le habían infundido de sus habitantes, había renunciado repetidas veces su Obispado. En 10 de noviembre de 1792 se le avisó por cédula, que se le había admitido la renuncia. En su virtud salió para Guayaquil, y estando en esta ciudad de camino, el 20 de noviembre se le tocó sede vacante.

Gobernó su Diócesis sólo un año, y en este poco tiempo tuvo lugar de conocer que, los informes que le habían dado contra la literatura quiteña, habían sido falsos; pues confesó por palabra y por escrito, que en Quito habían brillantes ingenios, y una literatura bien establecida, y manejada por hombres sabios.



Vigésimo segundo Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. **Fray José** Dias de la Madrid, franciscanc, natural de Quito. Fué jubilado con extraordinario lucimiento en la carrera de las cátedras que dictó: obtuvo los empleos más honoríficos de su Orden, donde fué Definidor y Calificador del santo oficio de la inquisición, logrando la fama de ser el mejor orador de aquellos tiempos.

Habiendo pasado á España por negocios de un Capítulo muy ruidoso de su Provincia, fué nombrado Provincial de ella, por el Reverendísimo Comisario de Indias.

Por su literatura y virtudes fué nombrado el 5 de mayo de 1777, Obispo de Cartajena de Indias, teniendo sólo 47 años de edad. Por su celo y virtudes pastorales en aquel Obispado, consiguió un aplauso general en España y América.

Ascendió al Obispado de Quito su patria, por renuncia de su antecesor Ilmo. Sr. Calama, y entró á esta ciudad el 22 de julio de 1793. Murió el día 4 de junio de 1794 á consecuencia de un cáncer que le acometió en un pie, por haberse sacado una nigua; perdiendo Quito un admirable Prelado de su Iglesia. Se le hizo un entierro solemne con general sentimiento y lágrimas del pueblo quiteño, y su cuerpo fué depositado entre tanto se

concluía la refacción de la Catedral, en la iglesia de la Compañía.

Este Prelado fué benéfico en todas partes. En Cartajena erigió un hospital de mujeres y una casa de expósitos, dotando estos establecimientos con trece mil pesos de sus rentas. Consiguió del Rey el que legitimasen á los niños expósitos, y gozasen de los mismos privilegios que tiene la casa de expósitos de España. Celebró un Sínodo Diocesano, y estableció un Colegio Seminario, formando estatutos para su gobierno, que merecieron la aprobación del Rey; le aplicó treinta y dos mil pesos de capellanías de su patronato, y le dió una completa librería.

En Quito, deseando dar una buena inversión al espolio del Ilmo. Sr. Carrasco, que estaba depositado en cajas reales, y que el Rey había declarado pertenecer á la Catedral de Quito, emprendió la obra de embellecerla dándole la claridad que no tenía, con ventanas á proporción: mandó construir un buen retablo, y una bellísima portada. El retablo antiguo del altar mayor, dió á la iglesia del monasterio de Santa Catalina; y los laterales á parroquias pobres, reponiendo estos con otros perfectamente trabajados, y cuyos cuadros pintados hacen honor al que los hizo. No tuvo este Sr. el placer de ver concluída esta obra, ni de poner en planta muchas obras que había proyectado, porque su temprana muerte privó á Quito de sus beneficios. Diez meses y días solamente gobernó esta Diócesis, y, puede decirse, en este corto tiempo hizo talvez mucho más de lo que otros en un largo período.

Vigésimo tercero Obispo.

El Ilmo. Sr. Dr. D. Miguel Agustín Alvarez Cortés, natural de la ciudad de Motril en el reino de Granada; fué colegial, Canónigo y Abad del Sacro Ilipulitano Montealparaíso, extramuros de la capital, de donde ascendió al Obispado de Cartajena de Indias. Fué Obispo de Quito en 1795 y se posesionó de este Obispado en 23 de junio de 1796: murió á fines del año de 1798, y su cuerpo fué sepultado en la Catedral.

En su tiempo, el 4 de febrero de 1797, á las siete y media de la mañana, acaeció el horrible terremoto de la preciosa villa de Riobamba, causado según opinión de

muchas personas de acreditado saber, por las materias volcánicas que encerraba interiormente el propio sitio donde estaba la villa; pues en ella es donde sin hipérbole, no quedó piedra sobre piedra, experimentándose á un mismo tiempo la causa y el efecto. El movimiento de trepidación fué tan violento y fuerte, que se puede decir que los suntuosos edificios que la condecoraban de cal y canto y sillería volaron por los aires, pues las casa de unos pasaron á ocupar el sitio en que estaban las de otros.

Sobrevino el terremoto acompañado de un espantoso bramido interior de la tierra. El campo inmediato que llamaban ejido, caminó hacia el lugar haciendo un oleaje como el de la mar, cuyas desigualdades se observan hasta el día. El cerro llamado Culca, contiguo á la población, se desgajó en gran parte y cubrió con su espantosa mole todo el barrio de la Merced, obstruyendo un río que pasaba por aquel extremo, y obligándole á que abriera nuevo curso por la mitad del lugar arruinado.

Pecieron en esta catástrofe 6.306 personas fuera de las que murieron en los pueblos, haciendas y casas de campo, cuyo número no pudo descubrirse, porque todas cayeron á un mismo tiempo, y en muchas no quedó quien diera noticia de los que las habitaban. Los lugares inmediatos, como Alausí, Guaranda, Ambato, Latacunga, y aún Quito, que está más de 40 leguas de distancia, sufrieron también los funestos efectos de este espantoso movimiento, que se hizo sentir por el Norte hasta Santa Fé, y por el Sur hasta Piura. De cada uno de ellos hablaré separadamente por tener noticias peculiares de que estoy bastante instruído, tanto por haberlos oído á varias personas que los presenciaron, como por tener en mi mano una copia de los informes que sobre ellos dió al Rey el Presidente de Quito, con vista de las informaciones que mandó seguir en cada lugar para el esclarecimiento de la verdad.

En Riobamba sucedió que un Padre Arsentales iba á decir misa en la capilla de Balvaneda, distante media legua, y á poca distancia de la villa, se abrió la tierra que pisaba, en cuya grieta profunda quedó enterrado junto con la mula en que estaba montado, porque en el acto volvió á cerrarse.

Un campesino que estaba arando sobre el cerro de Culca ya mencionado, bajó con el desplome con su yun-

ta de bueyes, hasta el lugar, sin recibir mal alguno. Un Dr. Nájera salía á decir misa en la iglesia de monjas y estando bajo el umbral de la puerta de la sacristía vino el terremoto. La Providencia permitió que, dos grandes piedras de los costados se uniesen dejando un hueco bastante para salvarlo, en el que se conservó hasta el siguiente día en que lo desenterraron. Contaba este buen eclesiástico sus conflictos y decía que en los subsiguientes temblores que venían unos tras otros, unas veces se ensanchaba el hueco, y otras quedaba más oprimido. Yo mismo se lo oí varias veces, pues vivió más de treinta años después, fué Rector en el Seminario de San Luis, y murió en Riobamba de Capellán del mismo monasterio.

Un Dr. Zambrano, de más de 80 años de edad, escapó por haber estado en este momento abriendo un escaparate, y pudo meterse dentro de él, en el que tenía pan y unas botellas de vino con que se sustentó tres días, que estuvo enterrado; vivió algunos años más.

Entre los muchos que se conservaban vivos bajo los escombros y pedían misericordia, conocieron por la voz un caballero muy apreciable, cuyo nombre no he podido recordar. Se empeñaron todos en salvarlo con preferencia, redoblaron los esfuerzos hasta descubrirlo y desembarazarlo de los escombros que tenía encima; ¡pero qué desgracia! al sacarlo se desquició una viga que tenía un tamaño clavo saliente, y le atravesó el pecho. Otros muchos perecieron así en el momento que habían concebido la esperanza de prolongar su existencia.

El cerro nevado, llamado Altar, vomitó porción de lodo hediondo y llamas de fuego, que se dejaron ver á mucha distancia, y que arrasó los campos inferiores.

El cerro llamado Ignalta se abrió en varias partes, y con su lodo hediondo y podrido arrasó parte de las inmediaciones del pueblo de Guano y del de Cubijés. Los que lo vieron declararon bajo de juramento, que al momento de desencajarse la tierra de su estado natural vieron cinco bocas en la cumbre de Ignalata por las que salían grandes llamaradas de fuego, y saltaderos de lodo que formaban ríos por la falda de mucha extensión hasta dar con alguna quebrada de las antiguas ó de las que se habían hecho en aquel momento; y añaden que á cada borbotón de lodo que saltaban por las bocas del monte, se seguía un espantoso ruído subterráneo y un temblor.

El cerro llamado el Galán, á cuyo pie estaba situada la hacienda de Cagnaji, jurisdicción de Riobamba se derrumbó, y la cubrió toda, formando el sepulcro de más de 60 personas inclusa la de su dueño el Dr. D. Nicolás Donoso (tío carnal del autor). Detuvo el gran curso del río Chambo por más de ocho días, y hoy no se conoce el sitio donde estuvo situada dicha hacienda y todo su valle.

Alausí, á pesar de estar más de 20 leguas de distancia de Riobamba, sufrió talvez más que los otros lugares, no quedó en pie ninguno de sus edificios, sepultando en ellos más de 50 personas que perecieron, particularmente en la parroquia de Tigsán.

Guaranda padeció mucho, en razón de la inmediateción, cayeron á plomo todos sus edificios, muriendo bajo de ellos 67 personas, fuera de las que no pudo saberse.

Ambato padeció tanto como Riobamba, quedó todo destruído, muriendo en sus ruínas 5.908 personas, y su Corregidor D. Antonio Pástor fué felizmente desenterrado, y vivió para atender á tantas necesidades como sobrevivieron. En este Corregimiento se vieron cosas más notables.

El sitio llamado la Moya que está superior al pueblo de Pelileo, vomitó una tan grande porción de lodo que cubrió las haciendas del valle de Yataqui, y arrolló sus magníficas caserías, y en una de ellas fué sepultado su dueño D. Baltasar Carriedo con su familia y dependientes en número de 80, sin que se hubiesen salvado más personas que una mujer y un muchacho que asidos á una choza de paja salieron flotando sobre el fango. Aseguran testigos presenciales que esta hacienda, no sólo fué cubierta por el lodo que despidió la Moya, sino que el mismo terreno en que estaba se conmovió y corrió hasta precipitarla en el río, lo que se anunció un día antes por un espantoso ruído subterráneo que hubo en aquel lugar.

El considerable edificio que hacía el magnífico obraje de San Ildefonso, perteneciente á las temporalidades de los Jesuitas, desapareció en un momento porque el cerro de Chumaquí se desplomó y lo cubrió todo, quedando sólo un retazo de la muralla para monumento de lo que fué. En esa hacienda murieron 800 personas entre adultos y párbulos.

El monte llamado Ignalata, de que hablamos ya en los acontecimientos de Riobamba, y que reventó como

queda dicho, despidió también por el lado de Quero tanta porción de lodo que cegó el río de Pachanlica cuya caja es de más de cien varas de profundidad, corriendo este fango como cinco leguas hasta encontrarse con otra avenida de la misma especie que venía por la quebrada de Casatagua de igual ó mayor profundidad. Estos materiales reunidos al desplome que hizo Chumaquí, ocuparon la caja del río de Baños, compuesto de los de Ambato, Latacunga y otros, y pararon su curso por 87 días, y hubiera continuado por más tiempo si la industria no hubiera proporcionado de que al menos superficialmente corriese el agua que entraba, después de haberse formado una laguna que habría llegado á cubrir todas las haciendas inmediatas, como cubrió las llamadas viñas que están muy arriba en las playas del río de Ambato.

En algunos parajes se endureció el material de tal manera que se podía andar á caballo como por el terreno más sólido, sin ser posible creer que aquello haya sido jamás madre de un río tan caudaloso y profundo: se supone que aquel lodo estaba combinado con materias volcánicas por el hedor y por la dureza que adquirió. Al fin esta gran laguna hizo su curso por un lado en que se abrió á brazos un pequeño canal, y la avenida de tanta agua reunida causó grandes estragos en todos los valles y montes que estaban inferiores. Este lugar fué reedificado en el mismo sitio y delineado por D. Bernardo Darquea, de acuerdo con su buen Corregidor D. Antonio Pástor.

Latacunga. Este lugar perseguido por los elementos, padeció en esta ocasión tanto como Riobamba y Ambato, porque no le quedó un edificio servible, los más cayeron á plomo, sepultando en sus ruínas 234 personas fuera de los que murieron por los campos. En él hubieron acontecimientos demasiado raros.

La hacienda conocida con el nombre de la Calera, propia del Marqués de Miraflores, situada en la parroquia de San Felipe y en una llanura de corto declive, fué arrancada de su base y movida en la extensión como de mil varas á impulsos del terremoto, y con los mismos anduvo con su casería en pie la distancia de otras cuatrocientas ó quinientas varas, hasta precipitarse en el río de Saquisilí ó Pumacunchi, en donde es más de admirar que no se haya sumergido todo el edificio, sino que pasaron

al otro lado del río varios fragmentos de la casa que se encontraron ilesos; perecieron 59 personas, salvándose solamente un indio con una hija suya, que, sin saber cómo, se hallaron envueltos en lodo á la rívera opuesta del río, y también una india que había subido á un árbol de capulí por comer de su fruta, que fué trasladada al otro lado del río, donde quedó el árbol plantado como si ahí hubiera nacido y criado.

No es fuera de propósito puntualizar aquí, para probar la fidelidad é instinto del perro, el modo con que otra mujer libertó su vida, y fué con la ayuda de este animal, que habiendo reconocido que el cuerpo de su ama estaba cubierto de varios escombros que tenía encima, empezó á escarbar con tal diligencia, que en poco tiempo pudo proporcionarle camino para que saliera, como en efecto lo consiguió á costa de haber perdido una mano.

En el anejo de la Cocha, perteneciente á la parroquia de Isinliví, hay una laguna nombrada Quirotoa. Esta todo el tiempo que duró el terremoto estuvo inflamada, y el calor que arrojó sofocó á los ganados y bestias que había en sus inmediaciones, y por mucho tiempo quedó hirviendo y exhalando un hedor insoportable.

Quito; por la protección decidida de la Virgen de Mercedes, padeció muy poco, á pesar de que el movimiento de la tierra fué espantoso. Todos los edificios bambolearon como un débil arbolillo impelido por la impetuosidad de los vientos; pero no cayeron sino parte de las torres de la Catedral, Santo Domingo, San Agustín y la Merced sin causar muerte de ninguna persona.

Ultimamente parece que el 4 de febrero de 797 memorable, toda la naturaleza se resintió ó conmovió. Los volcanes se agitaron á un tiempo y vomitaron fuego y lodo; los montes se abrieron por todas partes formando grietas y quebradas profundas. Aparecieron volcanes ocultos en los lugares que no había ni sospecha de que los hubiese. Sólo Chimborazo se conservó tranquilo espectador de un trastorno universal, pues sólo tuvo algunos pequeños desplomes de nieve. Sangay ó Macas, no se cansó de vomitar fuego, betunes y piedras encendidas por mucho tiempo, y no deja de hacerlo todos los días hasta la presente, habiendo quedado ya con una oquedad que se manifiesta por todas partes, y se conoce por los derrumbos interiores que se oyen frecuentemente, de mo-

do que hay mucho que temer haga derrepente lo que hizo Carahuairazo. Quiera Dios que mi pronóstico sea fallido.

Volvamos á Riobamba. Las personas que escaparon con vida, ocuparon las inmediatas alturas que ahora hacen la parroquia de Cajabamba, en donde formaron sus habitaciones con toldadas y maderos que sacaron de las ruínas, pero sus conflictos y consternación se aumentaban momentáneamente á consecuencia de la continuación de los temblores acompañados siempre de un horrible trueno subterráneo que les hacía creer que la tierra los iba á tragar vivos, ó que iban á perecer por la inundación de la laguna de Colta, situada en una colina superior y muy inmediata que amenazaba salir de madre, tal era la agitación de sus aguas y los bramidos que se oían en su centro. Tenían todavía estos desgraciados habitantes á sus oídos los alaridos y clamores de los que aun no morían bajo las ruínas y que no podían desenterrarlos, cuando fueron avisados de que los indios de Guamote combinados con los de otros pueblos trataban de alzarse contra los blancos, por aprovechar de la ocasión que se les presentaba para descartarse de ellos considerándolos indefensos, y persuadidos de que el terremoto había sido general en toda la América. Cundió esta noticia por todas partes, y por todas partes se conmovieron. La consternación se aumentaba instantáneamente tanto por el temor de los indios, cuanto porque el hambre iba haciéndose muy sensible, ya porque de ninguna parte podían conducirles víveres, ya porque no podían comunicar sus conflictos á los lugares circunvecinos, por haberse cortado los caminos y puentes con profundas quebradas hechas por el terremoto por todas partes. A que se agregaba que ninguno quería separarse del pequeño recinto que les había quedado, de temor de caer en manos de los indios, hasta que llegaron las noticias á Quito, de donde mandaron inmediatamente muchas mulas cargadas de víveres y algunos soldados que cuidasen de los intereses del Rey. Los auxilios llegaron muy á tiempo, tanto porque los tumultos de indios se iban propagando por los pueblos hasta los de Latacunga, según se supo después, como porque el hambre y la miseria de los escapados se había aumentado por la acumulación de gente que iba replegándose de todas partes á ese punto de reunión único

que les había quedado, y, sobre todo, porque se desengañaron los indios de que el terremoto no había sido general como ellos lo suponían, lo que les hizo desistir de su empresa retirándose sumisos á sus hogares.

Tranquilizado todo, trataron los vecinos de Riobamba de reedificar la villa, ó de buscar un lugar aparente para este objeto. Unos opinaban que debía reconstruirse en el mismo sitio por aprovechar de los materiales que había en las ruinas, pero este proyecto fué repulsado por la mayoría en consideración á lo húmedo, frío, y á estar ocupado de materias volcánicas según se había observado por el trastorno que hubo en aquel terremoto. Otros pedían que se hiciese en la inmediata llanura de Gatazo por su bella situación, y por estar cerca del lugar arruinado, lo que proporcionaría la facil conducción de los materiales; pero recordaban lo que en este sitio había sucedido en otro acontecimiento de igual naturaleza, y sobre todo reparaban en la falta de agua suficiente para una población. En fin después de muchas discusiones acaloradas sobre asunto tan interesante, propuso D. José Lizarzaburo que se hiciese la villa en Tapipamba, que era un lugar distante, muy arenoso, sin agua, y sin tierra aparente para edificios, propenso á frecuentes hielos, tempestuoso y batido por la impetuosidad de los vientos que dominan en este lugar por estar sin protección, al centro de las cordilleras nevadas, por cuya razón aun los caminantes temían pasar por él á ciertas horas del día. Pareció muy mal á todos la proposición de Lizarzaburo, quien llevado de ciertos intereses y de su genio pertinaz, sostuvo con obstinación su proyecto, y para llevarlo á cabo hizo viaje á Quito á buscar el apoyo del Presidente, que era entonces el Excmo. Sr. D. Luis Muñoz de Guzmán, quien personalmente pasó á Riobamba á decidir la cuestión que tanto había agitado el ánimo de sus vecinos. Por desgracia de estos, cuando fué á reconocer el sitio el Presidente, había calmado el viento, y la atmósfera se manifestaba benigna y alegre. Decidió pues que la nueva villa se plantease en aquel lugar y aún facultó al mismo Lizarzaburo para que, bajo la dirección de D. Bernardo Darquea, delinease el lugar, y para que á la fuerza obligara á todos para que construyeran en él sus casas. Triunfante Lizarzaburo, ejerció la jurisdicción que sobre el particular le había conferido el Presidente, y obligó á los ve-

cinos á que trasladasen á Tapipamba los materiales que habían podido colectar, á pesar de que lo repugnaron, y aun resistieron, pero no hubo arbitrio que valga. La necesidad de una habitación pronta por una parte, y Lizarzaburo que no los dejaba edificar en otro lugar por otra, la villa se hizo en Tapipamba. No tengo embarazo para asegurar que si se hubiera hecho en otro que brindase elementos de fábrica, sería en el día una de las mejores poblaciones de América, porque los riobambeños son naturalmente edificadores y amigos de su comodidad y ornato; así es que á pesar de las dificultades que encuentran aun, para conservar lo edificado, han construído muy preciosas casas, aunque bajas, acarreando de gran distancia la madera, la tierra y muchas veces el agua.

Posteriormente han edificado en Riobamba algunas casas altas, pero éstas duraron poco por la mala calidad de los materiales, á pesar de que han aprovechado de muchos sacados de las ruinas.

Réstame ya sólo referir que, desde el terremoto hasta la presente época, hay muchas personas que viven dedicadas exclusivamente á excavar en el antiguo Riobamba, para mantenerse con lo que hallan bajo las ruinas. Algunos han sido felices, pues han encontrado cosa de mucho valor. En 840 estuve en Riobamba, y sabedor de que se había formado una compañía para descubrir el barrio de la Merced, por noticias de que en él habitaban personas muy ricas, por curiosidad pasé á la antigua villa, que hoy sirve de parroquia de Sicalpa, y encontré que á beneficio de una gran acequia de agua que habían sacado por la parte superior, habían descubierto como veinte varas, y en este espacio habían sacado muchos esqueletos y otras cosas de poca importancia; no sé si después hallarían alguna que recompense los grandes gastos que habían hecho, lo que supongo, porque se que aun continuán trabajando.

(Continuará).